

MICRORRELATOS I

1.- Buscando clientes

Arquímedes era excéntrico como el nombre que su padrino tuvo a bien por colocarle, para que pudiese ser fácilmente reconocido. No era un jurista al uso, tal es así que vivía aislado, a las afueras del pueblo en una casa que se construyó ilegalmente, sin permiso ni licencia, esperando la prescripción de las acciones legales que podrían caerle, para con todas las bendiciones, colocar el letrero de su flamante consulta, en espera de que se formase una larga cola de clientes, que dando un rodeo ocupaban toda la parcela.

Se imaginaba a su secretaria desbordada, atendiendo llamadas y dando citas por doquier. ¡Qué iluso! pasaron los días, los meses, y harto de esperar tuvo que conformarse con la rebanada del turno de oficio, con la que mitigaba a duras penas el hambre de pleitos que no llegaban, hasta que decidió cambiarse el nombre por otro más comercial, don Ernesto.

2.- Mi primer caso

Cuando el joven letrado llegó al despacho por primera vez como pasante, un nuevo mundo se abrió ante él, diferente a cómo lo había imaginado. Todos los planes que con su imaginación voladora se había hecho, pasaron a un segundo lugar ante la evidencia de la realidad con la que se tenía que enfrentar. El primer caso era el colofón de una cadena de despropósitos, con un inocente condenado por la falta de previsión de su maestro, avocando al reo a una compleja situación jurídica. Pedir el indulto era la única manera de tratar de salvarle el honor y la dignidad, aunque el daño causado no pudiese ser reparado por la pena de banquillo a la que cautelarmente fue sometido. Tan sólo el levantamiento de la suspensión de sus derechos constitucionales era el único consuelo que le quedaba.

3.- Confianza

Tardé mucho tiempo en conciliar el sueño. Era mi primer caso sobre violencia de género y no podía permitirme la menor fisura en mi alegato para defender los derechos de aquella mujer que, separada por la barrera del miedo, había perdido la oportunidad de estar más tiempo con sus hijos, por culpa de una pésima defensa. Le dije, ten confianza en la justicia, que para ésta todos somos iguales.

4.- Estrategia

Al llegar al amplio recibidor del suntuoso despacho de abogados, el guardia de seguridad no dudó en plantarse delante de mí, mirándome de arriba abajo como si fuera un presunto maleante.

No fue necesario que le explicara dónde iba. Me indicó con su dedo índice, sin pestañear, la puerta que al final del pasillo esperaba un empujón, para una vez en su interior, aguardar pacientemente sentado, en un carcomido taburete la llegada del letrado, que por enésima vez se iba a encargar de mi defensa. El delito del que ahora se me acusaba, incumplimiento de palabra, no estaba demostrado, aunque para mi desgracia esta vez había una prueba concluyente: todo quedó grabado.

No se preocupe - me dijo el joven abogado defensor queriéndome dar ánimos-. Plantearemos nuestra defensa en un hecho irrefutable: la grabación ha sido manipulada.

Entonces me quedo satisfecho. De esta me vuelvo a librar.